

Plastilín y Plastilón en su aventura incansable recorrieron el país de las cartulinas en un episodio anterior y hoy, nada más levantarse de su cama, hicieron rápidamente su maleta para realizar un viaje hasta el país de las ceras.

Tomaron el tranvía nº 99 que paraba en la plaza de las palomas, que así se llamaba porque cada mañana los abuelos llevaban a sus nietos a echarles trocitos de pan a estas aves antes de ir a la escuela. En la frontera, el guardia les pidió los pasaportes y les deseó la bienvenida.

En el país de las ceras, descubrieron un mundo de colores. Los había de la luz que formaba el atardecer sobre los campos de su encantadora tierra de plastilina y del de las ceras con las que solían jugar en los días de lluvia en sus escritorios llenos de papeles, libros de aventuras, tijeras y más utensilios para construir figuras.

Las ceras se movían de manera libre. Había algunas que dibujaban por sí mismas el trazado de nuevas calles, de nuevos edificios, de nuevas paredes, de nuevas plazas, de nuevos ríos con toques futuristas, naves espaciales, astronautas que hacían las veces de guardias de tráfico, tranvías siderales, platillos volantes, castillos medievales, caballeros con laúdes, damas con clavicordios, cualquier asunto que pudiera tener algún interés y del que las protagonistas del proceso del dibujo eran capaces de realizar.

Se trataba de la arquitectura de una ciudad infinita, que no tenía nunca fin y donde Plastilín y Plastilón se adaptaron a las mil maravillas, ayudando a las ceras autónomas y a los que no lo eran tanto a cruzar la calle, o a regresar a sus casas formadas por cajas de cartón.

Después de su excursión a la cima de la montaña más alta, del paisaje coloreado con el sol de una primavera que recién acababa de comenzar, decidieron tomar el autobús granate y templado en el que regresar a la frontera para iniciar su vuelta a las calles de plastilina moldeadas con el afán del alfarero y la casi pericia del guitarrista.